

Vestir al desnudo

Siempre tendrás que cubrir la desnudez del prójimo con el manto de la caridad.

Autor: Antonio Rivero, L.C.

“Estaba desnudo y me vestisteis” (Mateo 25, 36).

Karibu es una ONG que atiende a inmigrantes subsaharianos en Madrid. Uno de sus servicios más demandados es el ropero, al que acuden miles de africanos que no tienen con qué vestirse. María del Carmen lleva 15 años como voluntaria, dando testimonio entre sus hijos y nietos de la importancia de vestir al desnudo. «Estas personas no tienen ni ropa y son iguales que yo! ¿Qué he hecho yo para nacer en España y no en África? Nada. Entonces, ¿por qué puedo cambiar de ropa cuando quiera y ellos no tienen ni un jersey en invierno? Con la crisis, la gente trae menos ropa, aunque todos tenemos una prenda que casi no usamos y que alguien necesita», dice. Y añade: «Si no tuviera fe, quizá no estaría aquí, pero creo que vestir al desnudo es una obligación humana». Si ahora echa usted un vistazo a su armario, puede que descubra un motivo para llevar a otro la misericordia divina.

Siempre hay en nuestro ropero o placard, alguna ropa que ya no usamos y que está en buenas condiciones, y que podemos obsequiársela a un pobre que no tiene vestido. Entonces el cuerpo de ese pobre, la carne de aquel cuerpo hablará a Dios de nosotros, de nuestra caridad, y Dios nos colmará de bendiciones de todo tipo.

Dios fue el primero que realizó esta obra de vestir al desnudo, pues lo hizo cuando vistió con túnicas a Adán y Eva, después de que cometieron el pecado. Imitemos entonces a Dios, y vistamos a los pobres hombres que están desnudos, con harapos, como lo hizo Martín de Tours, aquel soldado que servía al ejército romano allá por el siglo IV, cuando repartió su capa con el pordiosero que estaba congelándose y tiritando de frío en ese invierno duro en Amiens. En la noche siguiente, Cristo se le aparece vestido con la media capa para agradecerle su gesto. Lo que hagamos a uno de nuestros hermanos, lo hacemos a Cristo.

Y ojalá seamos lo suficientemente valientes y desprendidos como para dar algo que usamos y que nos gusta, e incluso que es nuestra prenda preferida para salir de paseo o simplemente vestirnos en alguna ocasión especial. Porque aunque a veces parezca como que nos arrancamos un pedazo de carne al dar esa ropa, la obra ante Dios es de un valor casi infinito, y de paso practicamos la santa pobreza y el desprendimiento, que es necesario tener para no estar apegados a esta tierra y a las cosas materiales. Demos con caridad nuestra ropa, antes de que los ladrones nos las roben y nos quedemos desnudos y sin el mérito de haber practicado la misericordia.

Quizá haya otro tipo de vestiduras, mejores que la capa de san Martín, que sí debes poner: la vestidura del honor, del respeto, de la protección. Siempre tendrás que cubrir la desnudez del prójimo con el manto de la caridad.

Hay otro problema relacionado con esta obra de misericordia. Hay algo mucho más grave que no vestir al desnudo; es el desnudar al vestido. Esto es ya tema de justicia. Y atentos, son millones a los que tal vez estemos desnudando. “Si, pues,

ha de ir al fuego eterno aquel a quien le diga: estuve desnudo y no me vestiste, ¿qué lugar tendrá en el fuego eterno aquel a quien le diga: estaba vestido y tú me desnudaste?" (San Agustín).

Como manos de Dios en la tierra, podemos ayudar a vestir y aliviar al necesitado. Aquí tienes algunas sugerencias concretas:

- Apoya y dona a colectas realizadas por escuelas, parroquias y otras organizaciones caritativas que recogen ropa y mantelería para las necesidades locales.
- Organiza programas para proveer de toallas y sábanas a hospitales que tengan falta de estos objetos esenciales en áreas deprimidas, particularmente en países en vías de desarrollo.
- Actúa en solidaridad con las parroquias de hermanos en zonas devastadas por tornados, inundaciones, terremotos y huracanes, dejando a sus habitantes prácticamente sin nada.
- Ayuda a los vecinos que han perdido sus posesiones en fuegos, inundaciones u otras circunstancias.

Sé caritativo, pero recuerda siempre que al dar, lo más importante es mantener el sentido de dignidad de la persona; nadie debería sentirse nunca como "un objeto de caridad". Si supiéramos todo lo que recibimos al practicar la misericordia con los hermanos, no dejaríamos pasar ni un solo momento en que no realicemos alguna de las catorce obras de misericordia.

**¡Vence el mal con el bien!**